

EL HIJO DEL SOL

Ad Infinitum I

Sofía Bertelsen



© El Hijo del Sol
Colección: Ad Infinitum
Primera edición, Mayo 2020
© Sofía Bertelsen 2020

Edición General: Martín Muñoz Kaiser
Portada: Felipe Montecinos
Corrección de textos: Jockán Zafira
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones Ltda.
Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso.
www.aureaediciones.cl
Sello: Soyuz



Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: 2020-A-3137
ISBN: 978-956-6021-30-8

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se verá expuesto a reclamación legal.

Para todos quienes siguen siendo
atormentados por las voces

*EL INDIVIDUO HA LUCHADO SIEMPRE PARA NO SER ABSORBIDO
POR LA TRIBU. SI LO INTENTAS, A MENUDO ESTARÁS SOLO, PERO
NINGÚN PRECIO ES DEMASIADO ALTO POR EL PRIVILEGIO DE SER
UNO MISMO*

Nietzsche

Prólogo

Mucho tiempo atrás... (cantidad desconocida)

El anciano al cual se le había encomendado la misión era Elías Rodríguez. Lo habían encontrado de casualidad, vagando con expresión confundida cerca de una de las zonas restringidas de la Central. Cuando se le interrogó, Rodríguez mostró serias fallas en su memoria, lo que llevó al equipo médico a diagnosticarlo con Alzheimer y al Directorio, a considerarlo perfecto para el trabajo.

Algunos se opusieron. ¿Cómo iban a encomendarle el paso más importante del plan a un viejo decrepito, que para más remate sufría de Alzheimer? ¡Un plan que llevaba décadas gestándose!

La participación de Elías Rodríguez en la misión Ad Infinitum fue aprobada, aunque probablemente era la misión más difícil capaz de gestarse en cualquiera de los universos conocidos hasta ese entonces. Las mentes detrás de aquella osada campaña tenían un solo objetivo, y no dudarían en acabar con las vidas que fueran necesarias para lograrlo.

—¿Estás preparado, Elías? —preguntó el hombre de ojos azules con una gentilidad que a todas luces era falsa. No le interesaba el bienestar del anciano demente. Para él, Rodríguez no era más que una simple pieza de su juego, un peón que estaba a punto de sacrificar. Uno de tantos.

—Se me ha atascado la cremallera del traje —respondió el aludido, mirando fijo al hombre de los ojos azules.

Lo conocía de algún lado, pero no recordaba de dónde. O se trataba de algún político famoso, o de un familiar. Quizás ambas.

—Alguien ayude al anciano a vestirse —ordenó el hombre—. Si el traje no está completamente sellado, no podrá resistir la transformación.

—De inmediato, señor —una científica joven se puso de pie y corrió a ayudar al pobre Elías.

El hombre de los ojos azules sonrió satisfecho. Él mismo había diseñado el traje aislante que protegería a Elías Rodríguez de los drásticos cambios que sufría la materia cada vez que intentaba adentrarse al Origen del Todo. Los primeros sujetos se derritieron en el camino. No se les había vuelto a ver, pero a nadie le había importado. Después de todo, no eran más que adolescentes vagabundos a los que se les había ofrecido un hogar con tal de que participaran en la misión. Nadie los extrañaría.

Elías Rodríguez tragó saliva cuando la científica terminó de sellar el traje aislante y lo enganchó al cable de energía oscura, que lo mantendría conectado a la nave interdimensional. El pulso del anciano comenzó a acelerarse. No recordaba lo que venía a continuación, estaba asustado. Comenzó a llorar y a hipar como un niño, rogando para que lo sacaran de ahí, pero los agentes y científicos presentes ignoraron al patético vejedor, que estaba a punto de ser arrojado al vacío sin más protección que un traje que jamás había sido probado.

—Estamos por llegar al punto más inestable —anunció el capitán de la nave, Mike Woodstock. Al igual que todos los agentes y miembros de la tripulación, Woodstock vestía un uniforme negro ajustado—. Si permanecemos más tiempo en esta zona nos vamos a fundir, señor.

—Suelten a Rodríguez —ordenó el hombre de ojos azules.

La científica que había preparado al anciano tomó un pequeño dispositivo, similar a una granada de mano, y

lo arrojó junto a los pies de Elías. La realidad a su alrededor comenzó a ondularse y a palpar, como lo hacen las olas del mar; el viejo no comprendía lo que estaba sucediendo. Cada partícula de su cuerpo comenzó a vibrar desesperadamente, se iba a desintegrar, estaba por desaparecer, dejaría de existir...

Y de pronto, flotaba.

Flotaba intacto a través de un vacío acuoso girando en torno a una enorme y majestuosa esfera dorada de energía. A pesar de que la humanidad de su cuerpo le impedía percibir todo lo que le rodeaba, sintió un Amor infinito, una energía de bondad y equilibrio inacabable que fluía a través de todas las cosas y las mantenía en su sitio. ¿Era su idea, o la esfera lo estaba llamando? A pesar de que su enfermedad comenzaba a robarle poco a poco los recuerdos que tenía de su vida, Elías Rodríguez tuvo la indudable certeza de que ya había estado ahí. Y no se equivocaba; aquel sitio era el Origen del Todo.

De donde Todo viene y hacia donde Todo va.

Elías... No lo hagas.

—Hazlo —ordenó una voz distorsionada desde el interior de su traje. Se trataba del hombre de los ojos azules, que hablaba a través de un pequeño audífono que habían incrustado al tímpano del anciano—. Está en la esfera, debes ir hacia la esfera —El viejo obedeció. ¿Qué otra opción tenía? Se desplazó por el vacío acuoso en dirección hacia el enorme globo energético y esperó más instrucciones, pero a medida que avanzaba el ruego del Origen se hacía cada vez más fuerte y potente, clamaba porque el anciano se rindiera y no tomara aquello que había venido a buscar—. Ve, nada hacia la esfera y fusionate con la Entidad —gritó el hombre—. ¡Ahora!

Apenas el dedo del anciano hizo contacto, sintió que una voz cálida y poderosa le hablaba directo al corazón. Sus palabras eran tan potentes que acallaban cualquier

otro sonido que tuviese la osadía de interrumpir aquel momento, incluida la voz del hombre de los ojos azules.

—*Si me llevas contigo no solamente colapsará tu realidad. El desastre que causarás se llevará al multiverso completo contigo, Darko. ¿Por qué no renuncias a tu codicia y te atienes al equilibrio del Todo tal y como debe ser?*

—No te creo, y no voy a atenerme a nada porque tú harás de mí un dios —exclamó el hombre de los ojos azules al oído de Elías—. Vejestorio inútil, tómala y...

Elías no quería oír ninguna voz más en su cabeza, así que hizo lo que se le ordenaba. Traspasó la membrana energética de la esfera dorada y extendió los brazos para asir su premio.

Sin embargo, el Infinito era una Entidad que no se regía por las leyes físicas del multiverso y no podía ser robada en su forma más pura. Se requería un cuerpo material que hiciera de recipiente para la Entidad.

Se requería un sacrificio.

Elías comprendió que estaba a punto de dejar de existir para siempre y lanzó un alarido de desesperación.

Nadie lo escuchó, el sonido de la última manifestación de su existencia se perdió en el vacío y lo que quedaba de su cuerpo fue consumido por el Infinito.

Mientras tanto, en la nave, Darko Schrodinger destapó la botella de champaña que tenía destinada especialmente para la ocasión, un lujoso brebaje proveniente de uno de los tantos universos que había conquistado. Los científicos y agentes estallaron en gritos de júbilo y se alzaron las copas para brindar por la nueva adquisición.

—Quiero brindar por ustedes, y desde luego, por mí —los ojos azules de Darko brillaban de orgullo—. Ahora que tengo el Infinito, soy el dios de todas las cosas. ¡Soy el dios del Todo, carajo!

Olvidado en la bodega de alta seguridad de la nave, el Infinito suspiró. La Entidad, que no era más que luz amorfa encerrada en lo que había sido el cuerpo del difunto Elías Rodríguez, lloró.

Parte 1

Esclavos del desierto

1: Atacama

Cuando Jake Pyro se percató de que estaba amaneciendo, se movió sigiloso hacia el colchón de su hermana. Con un ligero movimiento en el hombro la arrebató del sueño.

—Estamos tarde —musitó, mirando a la niña de doce años con preocupación. Ella se estiró somnolienta.

Lili soltó un bufido y se incorporó malhumorada. Seguro habría tenido una mala noche, pero Jake no la culpaba. Después de todo, no se trataba de una fecha alegre. El frío del desierto y la precaria choza que habitaban no eran de gran ayuda tampoco.

Lili anudó su rebelde cabellera del color del fuego y le tendió a Jake la pala.

—Gracias —Jake esbozó una sonrisa.

La chica no respondió. Cogió la suya y ambos hermanos salieron de la cabaña para comenzar un nuevo día de trabajo.

Caminaban cabizbajos bajo el amanecer dorado del desértico pueblo de Atacama. Todos los días eran así, más o menos iguales; se despertaban al alba y se dirigían hacia el Sector 52 para agujerear la tierra. Debido a las insistentes amenazas de La Voz, el sistema de excavaciones del pueblo era estricto con los horarios.

Los hermanos Pyro apuraron el paso para llegar a tiempo, pero Lili los hizo perder algunos minutos con su distracción favorita: soltar frases malintencionadas sobre la gente que transitaba la vía.

—¡Por la maldita Voz! —bufó Lili, asqueada—. ¿Cuándo aprenderá esa zorra patética de Taylor Lawrence a colocarse bien el tirante de su polera? ¡Lo único que busca es llamar la atención mostrándole las tetas a todo el pueblo!

A Jake Pyro no le interesaba en absoluto el que la tal Taylor Lawrence mostrara o no las tetas, ni tampoco la razón por la que lo hacía. A sus dieciséis años, se esperaba que demostrara cierto interés en las mujeres y sus cuerpos, pero a él no le parecía correcto observar sin permiso. Esta era una de las tantas razones por las que los demás habitantes del pueblo y hasta su hermana se burlaban del pelirrojo.

—Lili, estamos atrasados... —insistió Jake con mesura.

Su hermana chasqueó la lengua en señal de desaprobación, y cuando pasaron junto a Taylor Lawrence, ambos inclinaron la cabeza. La chica respondió con el mismo saludo, pero se adelantó unos metros para no tener que caminar junto a los hermanos Pyro.

Taylor era una tipa de diecinueve años, con un exuberante y mal cortado cabello rubio. Lili hacía escarnio de la muchacha porque le faltaba un diente. Jake jamás había entablado conversación con Taylor, pero se decía que era una mujer problemática y extravagante, que a veces dejaba ver parte de su teta, aunque no había seguridad de si lo haría a consciencia o no. En un lugar como Atacama, nunca se sabía. Fuera de eso, Jake Pyro no tenía ninguna relación con ella aparte de cavar en el mismo sector. Decidió no hacer comentarios y siguió caminando, con la mirada perdida en la cantidad de chicos con palas que transitaban los senderos. Marchaban desgarrados hacia otra larga jornada de trabajo extenuante.

El sol ya se alzaba tras las dunas, haciendo brillar a los precarios tejados de las casitas. A Jake le gustaba fijarse en estos detalles; le hacían olvidar por un minuto la monotonía de su vida. Y a veces, también la melancolía.

Pero no hoy.

Alguna vez él fue como su hermana; no conocía la extrañeza y sus pensamientos no lo atormentaban demasiado. En los tiempos en que Vulcano, el hermano mayor, aún estaba con ellos y su familia no se había ido a la ruina. Jake añoraba con tristeza los días en que Vulcano cuidaba de él y su hermana, administraba tan bien la comida que ni Jake ni su hermana Lili podían quejarse de que le había tocado una ración más grande al otro. Cuando Vulcano estaba con ellos, Jake no tenía que preocuparse de su irresponsable hermana, ni de su desvencijada casa. Solo tenía que cavar lo justo y necesario y preocuparse de su propia excavación.

Hoy, Jake Pyro había pintado otra línea vertical en la puerta de la choza que compartía con Lili. Eso significaba que el sol se había ubicado en el mismo lugar del firmamento en el que estaba cuando Vulcano había sido visto por última vez, lo que indicaba el paso de un nuevo año. Cada vez que el sol volvía a posarse ahí Jake pintaba una línea vertical en la puerta y la de hoy era la tercera.

Esas tres desesperanzadoras líneas de color rojo, hacían a Jake dudar que Vulcano fuese a volver. Ahora era él quien debía hacerse cargo de su insoportable hermana y de la mayoría de las tareas del hogar, pero Jake Pyro no era bueno repartiendo las raciones de manera equitativa, ni sacudiendo el polvo, ni realizando las tareas pesadas que exigía la choza. A diferencia de su hermano mayor, Jake era de contextura delgada, casi esquelética. Su piel era inusualmente pálida, y se mantenía de ese color pese a los años que llevaba cavando bajo el sol, lo que le daba el aspecto de estar siempre enfermo.

El avistamiento del miserable cartel que indicaba la entrada al Sector fue lo que sacó a Jake de sus cavilaciones.

—¡Buen día, Pyro! —saludó alegre Matías Pino, apenas vio a Jake acercarse a la entrada del Sector 52.

Pino era un adolescente moreno de pelo desordenado, sonrisa jovial y cuyos ojos grises parecían traspasarte el alma. Se encargaba de llevar el registro de todos los chicos que cavaban en el sector 52 y sus horas de ingreso. Matías era el mejor amigo de Jake, siempre lo saludaba con esa euforia y a veces hasta hacía la vista gorda cuando llegaba más tarde.

—¿Qué tal, Matías? —saludó Jake—. ¿Alguna novedad?

—La misma cantidad de novedades que había hasta ayer en la noche —replicó antes de continuar—. Esta mañana Labbe y Marxson encontraron un conejillo dentro de uno de los agujeros, organizarán un sacrificio con su carne cuando termine la jornada. ¿Te apetece ir?

—No estoy de ánimo —suspiró Jake—. Hoy pinté otra línea.

Matías Pino asintió con tristeza, entendía lo que significaban para Jake esas líneas. Sin embargo, todos en el pueblo sabían que el hallazgo de un conejo simbolizaba que aquel año tendrían excepcional buena suerte. Era un acontecimiento digno de celebrar, y dada la poca alegría que se vivía en aquel pueblo, no le parecía correcta la negativa de Jake.

—Lili, ¿Por qué no convences a tu hermano de que nos bendiga con su presencia en el sacrificio? —Insistió Matías Pino, hablándole a la niña como si Jake no estuviera presente.

—Sí, Jake, ¡Vamos al sacrificio! —suplicó Lili—. ¡Hace tanto tiempo que no comemos conejo!

—Van tres años de la desaparición de Vulcano y todavía no lo hemos encontrado —masculló Jake—. No

puedo gastar mi tiempo libre en comer carne de conejito y observar sacrificios mientras mi hermano continúa desaparecido. Vamos, Lili.

Jake cogió a su hermana del brazo, quien le echó una mirada suplicante a Matías Pino, como diciéndole “ayúdame a hacerlo entrar en razón.” Los ojos claros y tranquilos del chico los siguieron mientras se internaban en el Sector 52, sorteando a otros paleadores en busca de sus hoyos.

Fue una jornada especialmente agotadora en el sector. La Voz no dejaba de apremiarlos para que cavaran con más fuerza, y Jake no estaba precisamente de ánimo para seguir levantando tierra. Habría dado lo que fuera por silenciar esas horribles palabras que brotaban de quién sabe dónde, aquellos insultos y amenazas que solamente lograban hacer que sus músculos se tensaran y se pusiera de peor humor. Al igual que todos en el pueblo, Jake temía a La Voz. Y al igual que los demás, Jake la obedecía sin chistar. Por eso cavaban.

—No olviden que son hijos de la escoria más grande que ha pisado la tierra. No olviden que han sido sus padres quienes destruyeron el mundo y los abandonaron a su suerte en el desierto. Ellos están muertos, pero sus crímenes no han quedado impunes; por esta razón han de cavar, remover hasta el más ínfimo guijarro de tierra que se encuentre bajo este desierto maldito. Cerdos asquerosos. Ustedes cavan porque lo que hicieron sus familias no tiene nombre. Son asesinos. ¡Son unos cerdos y unos asesinos!

Hoy no tenía oídos para escuchar las amenazas. No podía dejar de pensar en Vulcano, en cómo serían las cosas si es que todavía anduviera por Atacama. En cambio, a Lili no parecía importarle en absoluto. La niña pasaba los días al igual que cualquiera en el pueblo, excavando hasta la fatiga y de vez en cuando asistiendo a algún evento. Jake temía por su hermana; ahora que su cuerpo comenzaba a desarrollarse, ¿cómo iba a protegerla de los

abusadores del pueblo? Si Vulcano estuviese aquí, no tendría que preocuparse por nada de eso. Él sabía cómo velar por la familia.

Jake dejó escapar un suspiro de indignación cuando la vio dejar a un lado la pala y saludar con una sonrisa más expresiva de lo normal al idiota de Raimundo Marxson, uno de los que habían encontrado el conejo. Marxson poseía una dorada cabellera rizada y músculos que hacían suspirar a la mayoría de las mujeres del pueblo y Lili no era la excepción. Sin embargo, Jake sabía que tras su resplandeciente belleza, Raimundo escondía algo más. Algo sombrío y definitivamente nefasto para su hermana.

—¡Felicitaciones por el hallazgo, Raimundo! —chilló Lili, sonriendo más de lo necesario—. ¡Esa es la clase de hombres fuertes que necesitamos en el sector!

—Ay, no es para tanto —se sonrojó Marxson, con falsa modestia, la miró a los ojos con una sonrisa lobuna y continuó—. ¿Te veo en el sacrificio, nena?

—¡Cómo perdérmelo! —sonrió Lili Pyro—. Cuenta conmigo.

Marxson se relamió y le dio una sonora palmada en el trasero. Raimundo solía hacerlo con casi todas las mujeres del 52, a ninguna parecía molestarle. Aquello era normal. Los años de trabajo forzado habían convertido a la gran mayoría de los hombres en bestias cuyo único propósito era sobrevivir. Dando rienda suelta a sus bajos instintos, aun cuando las mujeres no estuviesen de acuerdo.

Para Jake, Raimundo había traspasado el límite. ¡Lili tenía tan sólo 12 años! El pelirrojo arrojó su pala lejos y se acercó a grandes zancadas.

—¿Quién te ha dado permiso para tocarle el trasero a mi hermana, como si fuera un trozo de carne cualquiera? —gritó, con el rostro encendido de ira.

—¿Enojado, Pyro? —se burló Marxson—. ¿Celoso, quizá la quieres solo para ti? Lili ya no es una niña. Deberías dejar de ser tan aprensivo, nene.

Si había algo que Jake odiaba más que a Raimundo Marxson, era el hecho de que Raimundo Marxson lo llamara nene. Si antes estaba enojado, ahora estaba furibundo. Jake estaba seguro que no era el único chico en el pueblo que estaba harto de que Marxson fuera por la vida pavoneándose de sus músculos, de su sobresaliente belleza y dorada cabellera, encontrando animales y tocando a las hermanas de todos.

—No vuelvas a ponerle un dedo encima a mi hermana —dijo, intentando mantener la calma— de lo contrario...

—¿De lo contrario qué? —preguntó Raimundo con expresión aburrida—. ¿Me empujarás dentro de tu agujero penca de tres metros? Mira, nene, conoces las leyes de la naturaleza. El fuerte, sobrevive. El débil, se somete. Y conociendo lo que le pasó a tu hermano, creo que deberías mantenerte a raya y dejar de estorbar, no eres más que un moscardón come mierda. Yo que tú, tendría cuidado con...

Jake no pudo más. Mientras la vena del cuello se le hinchaba de rabia, recogió la pala y golpeó con todas sus fuerzas a Marxson en la cabeza. El rubio se desplomó al instante. Lili ahogó un grito. Los demás chicos del sector 52 comenzaron a acercarse, el cuerpo de Marxson yacía inerte en el piso, rodeado por un charco de sangre oscura. ¿Lo había matado? ¿Jake Pyro había matado a Raimundo Marxson? Esas no eran las intenciones de Jake, para nada. Él era un buen chico... Él no deseaba asesinarlo. ¿O tal vez sí? Ni aunque lo hubiese deseado muy dentro de él, Jake no quería que ese deseo se cumpliera.

—¿Qué carajo te pasa? ¡Eres un imbécil, Jake! —gritó Lili.

—Llévenlo al Centro de Urgencias, rápido —Ordenó Matías Pino, quien había llegado corriendo—. ¿Se puede saber qué te sucede, Jake?

Los siguientes minutos transcurrieron entre llantos, gritos y voces que se fundían en el aire. A Jake le parecía

una escena surrealista, la gente yendo de un lado a otro, apuntando el oscuro charco de sangre bajo el cuerpo inerte de Raimundo. No sabía qué hacer, más allá de quedarse petrificado observando el fruto de su descontrol. Para Jake, todo transcurría en cámara lenta. La arena tiñéndose de rojo, las chicas buscando desesperadas el pulso de Marxson.

Un par de manos le zarandearon el hombro, sacándole del trance.

—¡Pyro, carajo! —gritó una voz masculina—. ¡Reacciona, Marxson se muere!

—Lo siento, yo...

—¡No pidas perdón! —chilló alguien más—. ¡Al menos ayúdanos a cargarlo hasta el Centro de Urgencias!

Y mientras lo cargaban, Jake no conseguía dejar de pensar en lo que había hecho. Ahora lo juzgarían como a un criminal. Jake sabía lo que les sucedía a los asesinos, había presenciado varios juicios y condenas. Quizá lo enterrarían vivo en su propio hoyo, como punición. Su hermana Lili se quedaría sola, y ahora sí que sí los demás idiotas del pueblo se aprovecharían de ella y de su inocencia. ¡Lili era tan joven! ¡No sabía lo peligrosos que podían ser los hombres! Él sólo quería protegerla, pero ella no lo dejaba. Y ahora iba a morir.

En el pueblo de Atacama no podían darse el lujo de construir edificios ostentosos como una cárcel, por lo que los criminales quedaban vigilados por una escolta. Los jóvenes encargados de escoltar a Jake, Norma Bing y Ramsés Phillipi, se habían marchado apenas se dieron cuenta que Jake Pyro no era un criminal violento. Jake no los culpaba; cualquiera hubiera aprovechado para hacer algo más interesante si le daban el día libre para vigilar a un chico raquíptico como él, incapaz de hacerle daño a nadie. Las cosas para Jake eran así... antes de ese día.

Norma y Ramsés lo dejaron en el Centro de Urgencias, tal vez el único edificio importante que tenía el pueblo. En ese momento el equipo médico intentaba salvarle la vida a Marxson. Su supervivencia al golpe mortal que le había atestado Jake parecía un milagro, pero el chico sabía que no debía tener esperanzas. Aunque intentara escapar, alguien lo detendría. Iban a enterrarlo vivo de todas formas.

—No te atrevas a salir de aquí, Pyro —había dicho Norma Bing con tono burlón, antes de cogerle la mano a Ramsés e irse soltando risillas pícaras—. Tu juicio será al anochecer. Si nadie intenta asesinarte antes a modo de venganza por lo que has hecho.

La espera en el Centro de Urgencias se hizo eterna, se prolongó durante todo el día, hasta que el sol comenzó a ponerse. Jake aguardó sentado afuera de la sala de pabellón, donde tenían a Marxson, esperando el veredicto de los médicos. Quienes pasaban por ahí lo miraban con una mezcla de asombro y terror. ¿Cómo podía ser que él, que era tan tranquilo, hubiera cometido semejante barbaridad?

Cuando al fin salió alguien de la sala de operaciones, Jake se incorporó de golpe. Se trataba de María O'Connor, la doctora del pueblo. María era delgada y morena, vestía una bata que le llegaba casi hasta los pies. A la gente del pueblo le intimidaba un poco la doctora, sobre todo teniendo en cuenta que a simple vista era fría como un témpano.

—¿Está...?

—Vivo —replicó María con sequedad—. Te salvaste de una buena, Pyro. Espero que hayas tenido alguna buena razón para cometer tal locura.

—La verdad es que no —confesó Jake con tristeza—. Es sólo que... Lili es tan pequeña...

—Lo sé —María era más comprensiva de lo aparentaba—. Pero hasta la niña más pequeña del pueblo

ha de hacerse mujer algún día. Y Raimundo Marxson podría cuidar bien a tu hermana.

—¿De veras crees que Marxson tiene ese tipo de intenciones con ella? —replicó Jake con impotencia—. Abre los ojos de una vez, María. Él sólo quiere hacer con ella lo que ha hecho con todas las mujeres del pueblo, y nadie va a impedirselo. Si tan sólo Vulcano estuviera aquí...

Si Vulcano estuviera aquí, pensó Jake, habría sabido parar al cretino de Marxson sin tener que recurrir a la cobarde solución de golpearlo con una pala. Era sabio, más sabio que Jake. Y también era más fuerte, y lo respetaban. En el fondo, creía que su desaparición había sido una especie de alivio para tipos como Raimundo Marxson. Porque cuando su hermano estaba ahí, nadie se atrevía a tocarle un pelo a Jake ni a Lili.

—Jake, lamento ser yo quien diga esto... pero, sabes que es muy poco probable que tu hermano vuelva a aparecer, ¿verdad?

—Las probabilidades no aseguran el éxito —contestó Jake con el ceño fruncido.

—Me alegra que pienses así, porque tampoco tienes muchas probabilidades de salir ileso del juicio que te espera —María le dio un par de palmaditas en el hombro y dio media vuelta—. Si no te molesta, he de volver a mi labor.

Volvió a internarse en la sala de operaciones, dejando a Jake solo con sus pensamientos. De veras la había cagado. Cuando lo juzgaran había dos posibilidades: ser declarado culpable y condenado a ser enterrado vivo (como les sucedía a los asesinos) o salir inocente, pero condenando a su familia a la humillación y la vergüenza. Ninguna de las opciones parecía tentadora. ¿Qué pensaría su hermano si se enterase? Había mancillado el apellido Pyro. No merecía perdón.

—Deberías comer algo —una voz desde el otro lado del pasillo lo sacó de su monólogo interno. Jake se dio vuelta y se encontró con Matías Pino, quien lo miraba sereno. Sin ninguna clase de rencor—. Llevas ocho horas sentado, inmóvil en la misma posición. Y tu juicio es en un par de horas más.

—¿Por qué eres tan amable conmigo, Matías? —inquirió Jake, confundido—. Soy un criminal.

—Eres inocente hasta que se demuestre lo contrario —retrucó su amigo—. Y vamos, ¡todos hemos visto como Marxson tocaba el trasero de tu hermana! Lo que hiciste fue legítimo en mi opinión. Será un buen argumento para el juicio.

—¿Quién será mi defensor? —preguntó Jake, confundido.

—Lo tienes enfrente de ti —Matías Pino se señaló a sí mismo con orgullo—. El mejor defensor de todo el pueblo, si me lo preguntas.

—La recomendación viene de bastante cerca —Jake frunció el ceño—. Pero bueno, peor es nada.

—¡Así me gusta, siempre pensando positivo! —sonrió su defensor—. Mira, tu gracia ha paralizado a todo el Sector 52, y La Voz no está nada contenta con que hayamos dejado de cavar. Así que tenemos poco tiempo para preparar tu defensa, y menos tiempo todavía de comer algo—. Matías registró los harapientos bolsillos de su pantalón verde militar y encontró una bolsa de plástico que contenía algo indefinido— Esto promete ser un sándwich —dijo Pino.

—Ese “promete” dentro de la frase no me da mucha confianza —se lamentó Jake, aunque en el fondo estaba infinitamente agradecido de tener un amigo que le cubriera la espalda.

—¿No vas a confiar en un sándwich? ¿Cuándo te ha traicionado un sándwich? ¿Cuándo te he traicionado yo?

—Vale, vale... me lo como —Jake se embutió el “sándwich” intentando disimular el asco que le producía el olor del putrefacto emparedado.

—Perfecto. Ahora acompáñame, que tenemos menos de una hora para pensar lo que diremos en el juicio.

Jake y Matías Pino echaron a correr hacia la choza del primero, donde prepararían el juicio. La gente del pueblo los miraba sin disimulo. Jake no conocía a todos los habitantes de Atacama, pero sabía que eran 2.843 personas, y que el más viejo tenía alrededor de 24 años. No se veían personas mayores caminando por las calles y nadie tenía padres. La Voz solía decir que sus padres habían sido seres crueles y despiadados, que habían cometido atrocidades que nadie se atrevía nunca a mencionar. Por no agregar que los habían tirado en aquel pueblo horrible sin agua potable ni otra luz en la noche que no fueran las estrellas, o las costosas velas hechas con grasa de coyote.

Jake no sabía qué era exactamente lo que habían hecho sus padres, pero debían de haber hecho algo bastante horrible como para que su condena hubiese pasado a ser la de sus hijos. Pero era lo que le había tocado, y estaba conforme.

No contento, pero conforme.

—Nuestro argumento principal, o “caballo de guerra” será el hecho de que Marxson estaba abusando de tu hermana, ¿sí? —expuso Matías Pino alegremente. —. Y no te preocupes si Lili intenta negarlo. Tiene doce años, así que podemos decir que no tiene la edad suficiente para discernir.

—Pero, ¿y si el juez no lo considera justificación suficiente? Sabes muy bien que no pueden condenarme a muerte, no puedo dejar sola a Lili.

—Tranquilo, no va a pasar nada —Matías le guiñó un ojo—. Sólo... confía, ¿bueno?

Y Jake confió. El juicio se celebró en el momento en que la luna estaba en su punto más alto a la entrada del sector 52, ubicada en una llanura a casi tres kilómetros de la villa. En aquel pueblo moribundo, la ley dictaba que el juicio debía realizarse en el lugar donde se cometió el crimen. El jurado, conformado por unos veinte chicos de entre quince y dieciocho años, se ubicó a los costados del espacio señalado con antorchas. Esperaron a que el juez llegara.

El Juez era uno de los habitantes más viejos del pueblo, de veintitrés años. Se trataba de un hombre alto de contextura firme, cabello ondulado cobrizo y barba frondosa. Era la Justicia personificada, se llamaba Justo Del Valle. Sí, Justo era un nombre bastante gracioso para un juez, según creía Jake.

—Buenas noches —saludó Justo Del Valle apenas se dignó a aparecer. Aquella noche lucía una túnica negra con un sombrero a juego, y una cadena de oro con una espiral en el centro, que distinguía al Juez de los demás habitantes del pueblo—. Hoy juzgaremos al joven Jake Pyro, paleador del sector 52. ¿Qué cargos se presentan contra él?

—Intento frustrado de homicidio —explicó uno de los chicos del jurado.

—¿Es verdad, Jake? ¿Intentaste asesinar a alguien?

—No —Dijo Jake en voz baja.

—¡No! —exclamó Matías Pino mientras se desplazaba dramáticamente entre los presentes—. Todos ustedes conocen a Jake, ¿sí? Dudo que tuviera intenciones de asesinar a Raimundo Marxson, por muy idiota que este pueda llegar a ser.

—Y si es así, ¿Por qué lo golpeó con una pala? —gritó el Acusador, un tipo al que Jake no conocía—. ¡Todos lo vimos! ¡Lo quería matar!

—¡No es cierto! —replicó Jake Pyro—. ¡Él estaba tocando a mi hermana!

—Interesante —murmuró Del Valle—. Todos conocen las reglas de Atacama, si es en defensa propia o de alguien más, el delito queda anulado.

Murmullos de aprobación se extendieron entre el jurado. Parecía que iban a declarar inocente a Jake. Matías Pino respiró hondo, satisfecho de su defensa. Pero todos se callaron de golpe cuando vieron a la joven Lili Pyro llegar corriendo por el camino de tierra.

—¡Alto ahí, carajo! —gritó la niña—. ¡Todavía no me han escuchado a mí!

—¿Eres tú la hermana de Pyro? —preguntó Justo escrutándola con la mirada—. Llegas justo a tiempo. ¿Es cierto que Raimundo Marxson estaba abusando de ti?

Los presentes aguardaron en silencio mientras la chica miraba con ojos altaneros a su alrededor. Sólo se oía el sempiterno aullido de los lobos del desierto y la respiración entrecortada del imputado, que temía por lo que iba a ocurrir a continuación.

—Raimundo no estaba abusando de mí —Lili miró a su hermano como si fuera la persona más estúpida que hubiera pisado Atacama y agregó—: Estábamos conversando. Me estaba invitando al sacrificio.

—No sé usted, señor Juez, pero yo no suelo tocar los traseros de las damas para invitarlas a mis eventos sociales —comentó Matías Pino.

—Qué interesante... —dijo el Juez—. ¿Y qué hay de Marxson? ¿Por qué no está presente?

—Lo acaban de operar, Su Señoría —respondió el vocero del jurado—. No estaba en condiciones para venir.

—Interesante —al parecer Justo tenía cierta manía con esa palabra—. Pero no puedo declararlo inocente si es que su versión de la historia no concuerda con la de su hermana, señor Pyro.

—¡Tampoco puede declararlo culpable si no hay pruebas! —apuntó Matías.

—¿Cómo que no hay pruebas? —el Acusador gritó más fuerte—. ¡Todos lo vimos! ¡Pyro le azotó la cabeza a mi cliente con una pala! ¡Y paralizó a su sector! ¡No podemos tener a nuestros niños pequeños en un lugar donde cualquier loco podría asesinarte con un golpe de pala porque le molestó la manera en que trataste a su hermana!

—También vimos como Raimundo Marxson tocó a Lili —Matías Pino se rehusaba a perder el caso—. Y escuchamos como le sacó en cara a Jake la desaparición de Vulcano, y eso, si me lo preguntan a mí, es más que suficiente para merecer un palazo.

—Pero nadie te ha preguntado a ti —gruñó el Acusador.

—¡Suficiente! —exclamó Del Valle, golpeando la arena con un rústico cetro de madera que servía como bastón de Juez, señal de que había llegado el momento de tomar una decisión—. Ahora dejaremos que el jurado haga lo que tiene que hacer. Gracias.

Durante los minutos que siguieron, Jake creyó que su vida había llegado a su fin. Jamás se había sentido tan nervioso como cuando los miembros del jurado se pusieron a debatir. El chico alzó la mirada y vio como la pálida luna parecía burlarse de él y de su situación. A fin de cuentas, todo en aquel lugar parecía estar en contra de aquellos miles de jóvenes que se levantaban cada mañana a perforar la tierra del desierto. Los lobos aullaban como nunca, y cuando Jake se volteó a ver, su hermana seguía mirándolo con cara de odio desde donde estaba sentada. Hasta el propio Matías Pino jugueteaba nervioso con sus pulgares, y tuvo que pasar otra hora para que el jurado decidiera. Una chica se acercó a Justo y le susurró algo al oído.

—¡El jurado ha tomado una decisión! —declaró Justo—. Luego de tan honorable e ilustre juicio, se ha llegado al veredicto de que el joven Jake Pyro es... ¡Inocente!

Jake suspiró aliviado. Mientras los miembros del jurado se levantaban de sus asientos y apagaban las antorchas, no pudo evitar pensar en lo cerca que había estado de ser enterrado vivo. ¡Vaya suerte que tenía! Aunque al parecer no a todo el mundo le había causado gracia el resultado del juicio; algunos de los espectadores le dedicaron gestos obscenos con el dedo a Jake mientras se desperdigaban para ir a sus casas, otros guardaron los objetos punzantes que habían traído para la ejecución. Aquello era habitual; algunos chicos y chicas del pueblo disfrutaban dando su propio escarmiento a los culpables. Pinchaban a los criminales con fierros y cuchillos, les lanzaban excrementos, los insultaban hasta que el último montón de tierra caía sobre la cabeza de el o la condenada y este desaparecía para siempre. Luego solían irse y seguir cavando como si nada hubiese sucedido.

—Tienes suerte de tenerme como tu amigo, ¿eh? —Matías le dio un par de palmaditas en la espalda—. Si no fuera por mi excepcional defensa, quizás qué te habría ocurrido, viejo.

—Gracias, Matías —respondió Jake, con la mirada perdida. Volvía a sentirse desdichado, porque era un desastre como hermano. Ahora Lili lo odiaba, y Vulcano continuaba perdido. Por no decir que cada vez le estaba costando más cavar a un ritmo aceptable, y La Voz no estaba nada contenta—. Creo que me voy a mi casa.

—¿Y no vendrás al sacrificio? —preguntó su amigo, incrédulo—. ¡Van a venir todos los del sector 52!

Pero Jake Pyro no estaba de ánimo, y todavía temía por lo que la gente pudiese ser capaz de hacerle. Esperó a que todos los chicos del juicio se alejaran y se sentó en la arena. El pueblo de Atacama estaba ubicado en un árido desierto, y ningún habitante había conocido otras tierras. Era imposible. Cuando alguien intentaba irse, era encontrado muerto al día siguiente. Las muertes eran atribuidas a los lobos y a la misma imprudencia de los desertores.

Alguna vez Jake creyó que su hermano mayor había sido de esos imprudentes, pero al día siguiente de su desaparición no encontraron ningún cadáver, y tampoco al día que siguió a ese. El misterio de la desaparición de Vulcano había remecido al pueblo en un principio, pero ahora, tres líneas rojas más tarde, ya nadie sacaba el tema a la luz. Excepto idiotas como Raimundo Marxson, claro.

De repente Jake tuvo una idea. Cruzó la roñosa entrada que rezaba “sector 52” y se adentró a la eterna galería de agujeros que decoraban el lugar. En el sector 52 trabajaban unos 60 chicos, pero no era ese el número de agujeros que habían.

A Jake le escalofriaba la idea de adentrarse solo a esas horas en el terreno donde cavaban, no sabía por qué. Quizás porque la última vez que vio a su hermano, había caído la noche y los Pyro regresaban a su hogar con la intención de descansar. Pero una vez en casa, Vulcano anunció que regresaría al Sector 52 para cavar un poco más. Su hermano era seguramente el paleador más esforzado de Atacama. Y no regresó.

Después de un rato caminando y aspirando el frío aire de la noche, llegó por fin.

El agujero de su hermano Vulcano.

Estaba tapado con una lámina de metal que el reflejo de la luna hacía ver blanca, Jake supuso que la habían puesto ahí como un simbolismo de que Vulcano Pyro continuaba desaparecido. Jamás había visitado el agujero de su hermano, al menos desde que se fue.

—¡Alto ahí!

Jake se volteó y vio a nada más y nada menos que a Justo Del Valle, todavía ataviado con la indumentaria de juez.

—¿Qué haces aquí, a estas horas de la noche? — preguntó el Juez, escrutándolo con la mirada. Las palabras de Jake salieron de su boca como el ruido de un sapo cuando le respondió:

—Necesitaba pensar.

—Interesante —el Juez meditó un segundo—. ¿Puedo preguntar por qué has decidido pensar aquí, en este sector de mala muerte, en vez del cálido confort de tu casa?

—No existe cálido confort alguno en mi casa, Su Señoría —musitó Jake—. El techo se vuela con el ventarrón de las noches, los vidrios están trisados y llenos de tierra, y para qué decir lo fría que es mi hermana.

—Muchacho, no estamos en el juicio, llámame Justo —dijo, y una sonrisa se asomó tras su barba frondosa.

—Está bien, Justo —dijo Jake, algo incómodo.

—Comprendo que las cosas no estén yendo bien en casa —continuó Justo—. Pero huir de los problemas no te hará encontrar la solución. ¿Por qué no hablas con tu hermana?

—Mi hermana es demasiado estúpida como para comprender —explicó Jake en voz alta. Le dolía decirlo, pero era cierto. Lili no era muy inteligente, y aquello parecía gustarle. Después de todo, la estupidez parecía ser algo bien visto entre los paleadores, porque claro, ¿Qué tanta inteligencia se necesitaba para excavar un hoyo?

—Pero Jake, tú también fuiste estúpido a esa edad, ¿o me equivoco? —retrucó Justo, dedicándole una mirada paternal al pelirrojo.

—Sí, pero eso fue hace mucho. Además estoy seguro que ahora está en el sacrificio, haciendo quien sabe qué con el idiota de Raimundo Marxson.

—Ya veo. Creo que no te agrada mucho Marxson, ¿no es así?

—¿Usted cree? —dijo Jake con sarcasmo.

Estuvo claro que el Juez no comprendió el sarcasmo, porque le respondió con total naturalidad que de verdad lo creía. Entonces Jake y Justo se quedaron en silencio, mirándose el uno al otro. Los ojos de Justo del Valle

reflejaban una sabiduría excepcional, y Jake se preguntó cómo habría sido cuando el Juez llegó a Atacama.

—Y bien, ¿Qué harás? —inquirió Del Valle al fin.

—Supongo que ir al sacrificio e intentar hacer que Lili entre en razón —suspiró Jake—. Es lo único que puedo hacer. ¿Viene usted también, Su Señoría? Digo... Justo.

—Me encantaría, chico. Pero he de quedarme aquí por el momento.

—¿Por qué? —Hacia un momento su interlocutor no podía concebir que Jake se marchase a pensar al Sector 52, y ahora el mismo tipo quería quedarse.

—No lo entenderías —replicó el Juez.

—¿Al menos puedo saber por qué vino aquí en primer lugar?

—No te preguntes por qué. En lugar de eso, pregúntate “¿por qué no?” Verás, siempre buscamos una razón para hacer las cosas, y eso nos retrasa en nuestros propósitos. Hay infinitas razones para hacer lo que deseas, pero te pierdes buscando una. Así que, ¿por qué no vas ahora a ese sacrificio y hablas de una vez con tu hermana?

Jake asintió y meditó un segundo el consejo del Juez. Tenía sentido. El chico inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento y se marchó corriendo en dirección al pueblo, sin dejar de pensar en lo extraño que era aquel hombre.

Lo que Jake no sabía y no supo hasta mucho tiempo después eran las intenciones que el juez Justo del Valle tenía ese día. Aquel hombre estaba a punto de develar uno de los más grandes misterios que tenía la localidad de Atacama, probablemente el más importante. Pero nadie del pueblo tenía ni la menor idea.

Justo del Valle siempre fue un hombre bastante observador y curioso, a diferencia de casi todos los habitantes de Atacama. Por eso es que sentía algo de simpatía por Jake.

Y por eso también le agradaba Vulcano.

Antes de desaparecer, el juez sonrió satisfecho por haberle salvado la vida a aquel muchacho. Siempre tuvo la intuición de que estaba hecho para algo grande, y, ¿quién sabe? Quizás no se equivocaba.

Justo del Valle se quitó el sombrero de juez y los ropajes que lo distinguían como tal, dejándolos esparcidos en un montón al lado de uno de los agujeros. Sabía que a donde iba no los necesitaría. Se despidió con un susurro de la ciudad de Atacama, tierra que lo había criado.

—Si todo sale bien, quizás nos encontremos de nuevo—susurró Justo, sin hablarle a nadie en concreto—. En otro presente.

Aquello fue lo último que aquel pueblo maldito escuchó de la boca del juez.